

de una mediacion esencialmente parcial en favor nuestro, si bien pareció insistir mucho en la forma, que constituia al mediador en conducto único de las partes contratantes. Se ensayó la redaccion del convenio, sin que lograran estar acordes, pues Mr. de Basano queria sobrecargarlo de precauciones que Mr. de Metternich hallaba embarazosas, pero sus pormenores fueron discutidos sin acrimonia y en el tono de gentes dispuestas á entenderse. Todo se pasó á Napoleon, con quien debió Mr. de Metternich tener una nueva entrevista el 30 de junio, para zanjar las últimas dificultades.

Con efecto el 30 volvió á ver Mr. de Metternich á Napoleon en union de Mr. de Basano, y hallóle mudado del todo; á semejanza de un cielo despejado por la tormenta. Se encontraba expansivo, jovial y lleno de un arrepentimiento amable.—¿Persistis en haceros el malo con nosotros? preguntó á Mr. de Metternich con familiaridad graciosa.—Seguidamente y de manos de Mr. de Basano tomó el proyecto de convenio, del cual ya conocia los puntos sujetos á dificultades, y se puso á leer un artículo tras otro; á cada uno de ellos, como si fuera del partido de Mr. de Metternich, decia:—Pero esto no tiene sentido comun, sin cuidarse del amor propio de su ministro, y pareciendo casi siempre que abundaba en las ideas del diplomático austriaco. Dirigiéndose acto continuo á Mr. de Basano, le dijo:—Sentaos y escribid—y dictó un proyecto sencillo, claro y sin ambages, como era capaz de hacerlo. Terminada esta redaccion que orillaba todas las dificultades, preguntó á Mr. de Metternich:—¿Os conviene este proyecto?—Si, señor, respondió el diplomático ilustre, excepto algunas expresio-

nes.—¿Cuáles?—volvió á preguntar Napoleon. Habéndolas indicado Mr. de Metternich, variólas Napoleon á entera satisfaccion de su interlocutor, esmerándose por complacerle en todo. Finalmente, acordado este proyecto, donde se declaraba que el emperador de Austria, con el deseo y la esperanza de restablecer la paz al menos en los Estados del continente, ofrecia la mediacion al emperador Napoleon, que el emperador Napoleon la aceptaba, y que los plenipotenciarios de las diversas potencias se reunirian en Praga el 5 de julio lo mas tarde, dijo Napoleon á Mr. de Metternich, siempre en el tono mas halagüeño:—Pero esto no basta, necesito una próroga del armisticio.... ¿A la verdad, cómo es posible terminar del 5 al 20 de julio una negociacion que debe abarcar los intereses de todo el mundo, y que exigiria años, si se hubieran de arreglar bien todas las dificultades?—Efectivamente la pregunta era embarazosa, aunque, teniendo voluntad decidida, algunas horas bastaran para entenderse acerca de los puntos mas importantes. Pero á primera vista la pregunta no admitia otra respuesta que un asentimiento. Vencido Mr. de Metternich por todas las condescendencias de aquel dia, no propendia á comprometer la mediacion, á la cual daba tanto precio, por algunos dias de mas ó de menos en la duracion de las negociaciones. Respondió que esperaba conseguir que los rusos y los prusianos asintieran á la próroga pedida, por mas que estuviesen convencidos de que el armisticio, perjudicial para ellos, solo era útil á Francia, y no disputó mas que sobre la extension de la próroga esta. Napoleon queria obtener hasta el 20 de agosto, á fin de llegar al 26 con los seis dias acor-

dados para la denuncia del armisticio. Mr. de Metternich disputaba sobre un término tan largo, no en su nombre, sino en el de aquellos de quienes debia procurar el asentimiento, y repetia que, si de buena fé se obraba, todo se podria terminar en un dia. Napoleon contestaba que á lo menos le hacian falta cuarenta para enterarse de las miras de sus adversarios y dar á conocer las suyas.—Por lo que á mí hace, añadió, podeis estar seguros de que hasta el dia cuadragésimo no os diré mis verdaderas intenciones.—Estonces, repuso Mr. de Metternich, los treinta y nueve dias, que preceden al cuadragésimo, son ociosos.—Habiendo tomado la conversacion este giro agradable, se tocaba evidentemente á un acuerdo, y despues del debate, monsieur de Metternich pareció dispuesto á prorogar el armisticio hasta el 10 de agosto, con seis dias para prevenirse de la vuelta á las hostilidades, lo cual debia llevar al 16 é implicaba una próroga de veinte dias, esto es del 26 de julio al 16 de agosto.—Fingiéndose entonces Napoleon hallar del 5 de julio al 16 de agosto los cuarenta dias que necesitaba para las negociaciones, y juzgando bueno en el fondo, aunque desease mas plazo, ganar este tiempo siquiera para la conclusion de sus preparativos, declaró que aceptaba la proposicion del ministro de Austria. De consiguiente añadióse otro artículo, por el cual se dijo que, en vista del poco tiempo que para negociar quedaba, segun los términos del armisticio firmado en Pleiswitz, el emperador Napoleon se comprometia á no denunciarlo hasta el 10 de agosto (lo cual equivalia á ganar hasta el 16 del propio mes con los seis dias requeridos para el aviso prévio), y que el emperador de

Austria se encargaria de obtener el mismo compromiso del rey de Prusia y del emperador de Rusia. Napoleon quiso que se firmara al instante, y acto continuo despidió á Mr. de Metternich colmado de toda clase de halagos. Asi, mudado el leon en sirena, supo arrancar al hábil ministro austriaco la única cosa que deseaba de veras, la próroga del armisticio.

No queriendo la paz bajo las condiciones propuestas, no queriendo mas que el tiempo necesario para imponerla á su gusto, veinte dias eran para él una conquista de inestimable precio. No constituia sacrificio alguno por su parte el que al parecer habia hecho de las cuestiones de forma, simplificando tanto el texto del convenio, pues acerca del punto importante de si se abocarian en una conferencia comun todas las potencias contratantes, ó tratarian por conducto del mediador tan solo, habia dejado que la dificultad subsistiese, no diciendo nada en el texto; y le satisfacía reservarlo, pues así le quedaba con que ocupar los primeros dias del congreso, y con que perder el tiempo en que se habia encerrado, sin necesidad de explicarse acerca del fondo de las cosas. A Mr. de Metternich, ardentemente deseoso de que la negociacion se llevara á remate, le tocaba sentir que esta dificultad no se hubiese zanjado al golpe, y que se atravesara como un enorme obstáculo en el camino de las negociaciones. Por tanto, con algunos instantes de dulzura habia reparado Napoleon hasta cierto punto el mal causado por los imprudentes trasportes de su ira, y alcanzado cuanto anhelaba. ¡Feliz este singular genio, feliz la Francia, si hubiera podido emplear esta flexibilidad

maravillosa en sacarla del mal paso, donde la habia metido!

Ahora la habilidad de parte del Austria, tan apasionada por el éxito de la mediacion, consistiera en no dejar á Napoleon un solo pretexto de perder tiempo, y por tanto en responderle sin demora que el convenio constitutivo de la mediacion quedaba aceptado, que lo estaba igualmente la próroga del armisticio, y que, segun se habia estipulado se reunirian los negociadores exactamente el 5 de julio. No fué así por desgracia. Partido monsieur de Metternich de Dresde el 30 de junio, dia mismo de la firma del convenio, y llegado á Gitschin el 4.º de julio, produjo una grande alegría á su soberano al anunciarle que la mediacion estaba aceptada, lo cual hacia pasar al Austria de la situacion embarazosa de aliada de Francia á la situacion independiente y fuerte de árbitra suya, y le proporcionaba un lustre de que necesitaba á los ojos del público austriaco. No costó pues trabajo á Mr. de Metternich obtener del emperador Francisco la ratificacion inmediata del convenio. Pero ya fuese que no penetrara las intenciones dilatorias de Napoleon, ya que le dominaran dificultades materiales del todo, Mr. de Metternich mismo suministró pretextos á pérdidas de tiempo, solicitando que se diñiera del 5 al 8 de julio la reunion de los plenipotenciarios. Despues de pedir esta moratoria, que no debia encontrar obstáculo por nuestra parte, segun lo que de los proyectos de Napoleon se ha visto, dirigióse Mr. de Metternich á los soberanos reunidos en Reichenbach para anunciarles la aceptacion de la mediacion, para hacerles asentir á la próroga del armisticio, y lograr el

pronto envio de sus plenipotenciarios á Praga.

No habian comprendido los coaligados de Reichenbach toda la trascendencia del armisticio de Pleiswitz al firmarle. De pronto no vieron más que la ventaja de sustraerse á las consecuencias inmediatas de la batalla de Bautzen, sin ocurrirles pensar en que á Napoleon se proporcionaba ganancia de tiempo. Ahora, ya fuera del peligro y despues de recoger el principal fruto del armisticio, al ver los armamentos de Napoleon desarrollarse de dia en dia, bien que tambien se desarrollaran los de ellos, casi sentian la suspension de armas, á pesar de haberles salvado, y no estaban inclinados á prolongar su duracion de ningun modo. Mediaba además una circunstancia que les disponia peor relativamente á la próroga consentida por Mr. de Metternich, y era la de que para vivir tenian la parte menos fértil de la Silesia, mientras Napoleon se hallaba en la mas abundante, y temian carecer en breve de medios de subsistencia. Por otro lado, á los ojos de los alemanes, y especialmente á los de los prusianos, todo aplazamiento de las hostilidades parecia un paso dado en la política pacifica del Austria, y una especie de traicion. Así costó no poco arrancarlos su consentimiento, y fué lo bastante para producir una nueva pérdida de tiempo. Con todo, los dos soberanos aliados nada podian negar al Austria, y tan luego como esta quisiera una cosa, por necesidad tenian que concederla. Ahora bien, ya comprometida el Austria con Napoleon á prolongar la suspension de armas, no se le podia hacer el ultrage de declarar imprudente y nulo su compromiso. De manera que fué ratificando, aunque pidiendo, en vista de las circunstancias

y del tiempo ya transcurrido, una nueva moratoria del 8 al 12 de julio, para la reunion de los plenipotenciarios en Praga, y prometiendo de seguro que serian puntuales á la cita. Mr. de Metternich participó á Mr. de Basano estas últimas determinaciones, pero al efectuarlo, se expresó en punto al armisticio como de una cosa que se caia de su peso, y no comunicó su aceptacion oficial por los soberanos de Prusia y Rusia.

Nada cuadraba mejor á Napoleon que las dilaciones que no promovia, é hizo responder como si se resignara á ellas, en vez de sentir alborozo. Desde que la corte de Austria pasó de Viena á los alrededores de Praga, habia llamado á Mr. de Narbonne á Dresde, y despues de retenerle algunos dias, le despachó de nuevo á fin de que continuara su papel de embajador en Praga lo mismo que en Viena. Napoleon encargóle que manifestara dolerse de este último retardo, y se quejara al mismo tiempo del descuido que se ponía al parecer en comunicar oficialmente el consentimiento otorgado á la próroga del armisticio, como si este consentimiento pudiera ser dudoso. Además, le autorizó para declarar que, cuando fueran conocidos los negociadores prusiano y ruso y hubieran marchado á su destino, Francia designaria y haria marchar á sus negociadores, y para insinuar que serian Mrs. de Caulaincourt y de Narbonne probablemente.

Mientras enviaba estas respuestas se proponia Napoleon sacar de las imprudentes dilaciones, á las cuales se habia prestado Austria, otras dilaciones que se enlazaran hábilmente á aquellas de que él no habia sido causa. De muy atrás tenia

proyectadas ciertas excursiones á los lugares que iban á ser teatro de la guerra, segun su costumbre, y si se le dejaba espacio, queria recorrer las márgenes del Elba desde Koenigstein hasta Hamburgo, y aun ir á pasar algunos dias en Maguncia con la emperatriz, impaciente por verle, y á la cual deseaba dar públicos testimonios de afecto. Mostrándose tierno y solícito por María Luisa, aumentaba para el emperador Francisco la dificultad de olvidar los vínculos de paternidad que le unian á Francia. Resolvió empezar por lo mas útil de sus excursiones, por la que le debia proporcionar la vista de los puntos importantes de Torgau, de Wittenberg y de Magdeburgo. Ya era el 8 de julio. Napoleon, que no abrigaba duda alguna sobre la reunion de los plenipotenciarios prusiano y ruso en Praga el dia 12 lo mas tarde, hubiera podido nombrar los suyos, redactar sus instrucciones y hacerles partir ó tenerlos prontos á que á la primera señal lo hiciesen. Tambien fuera necesario diferir algunos dias sus excursiones y debiera efectuarlo, porque á la sazón ningun interés igualaba al de la pronta reunion del congreso, y además, por el retardo de una semana no fueran menos provechosas las inspecciones locales y las revistas de tropas á que pensaba dedicarse. Al revés, teniendo paciencia un dia solo, recibiera de Praga las comunicaciones que se lamentaba de no haber recibido, conociera los nombres de los plenipotenciarios designados, la época exacta de su reunion, y la aceptacion formal del nuevo término fijado al armisticio. Pero le convenia mejor aparecer obligado á ausentarse sin demora, porque entonces no se veia en la necesidad

de responder hasta su vuelta, y los cuatro ó cinco dias que iba á ganar de este modo, podian considerarse como una consecuencia del tiempo que se fiaba perdido desde el 5 al 12 de julio. Asi declaró de súbito que, habiendo diferido su partida hasta el 9 sin recibir nada de Praga, se veia obligado por los negocios urgentes de su ejército á salir el 10 de Dresde. Al mismo tiempo, de miedo de proporcionar á sus enemigos la manera de que le capturara una tropa de cosacos, á pesar del armisticio, no dijo adonde iba, seguro de que, cuando se supiera que se hallaba en una parte, ya estaria en otra. Tampoco dijo cuanto duraria su ausencia, dando á entender que seria de tres dias á lo sumo, y que por consiguiente no se harian esperar mucho las respuestas que su partida aplazaba inevitablemente. Habiendo asi perdido la diplomacia austriaca por causas superiores á su voluntad ocho dias, aun iba á perder cuatro ó cinco muy á sabiendas, lo cual debia dilatar la reunion de los plenipotenciarios, fijada primero para el dia 5, y luego para el 12, á otro dia indeterminado.

Napoleon partió el 10 por la mañana en direccion de Torgau á toda prisa, no alegando un vano pretexto al decir que se ausentaba para negocios importantes, y engañando solo en punto á la urgencia de estos negocios.

En el mismo instante de salir de Dresde le llegaban las noticias de los últimos sucesos de España, que, á pesar de ser previstos segun lo ya pasado, no debian causar menos agradable sorpresa á nuestros enemigos, sorpresa harto dolorosa para nosotros y muy funesta para el conjunto de las cosas. Hay que dar á conocer estos sucesos, que

or sus consecuencias políticas se enlazan necesariamente á aquellos de que Alemania era teatro.

Despues de la reunion de los tres ejércitos del centro, de Portugal y de Andalucía, aun presentaba la situacion de los franceses en la Peninsula ciertas eventualidades favorables. Manteniéndose el mariscal Suchet con su cuerpo de tropas el mas avanzado en Valencia, y con otros dos cuerpos en Aragon y en Cataluña, era dueño de la parte de España mas esencial para nosotros, y tenia en su poder todas las plazas fuertes. Se hallaba el rey José en Madrid con el ejército del centro, teniendo delante, desparramado á orillas del Tajo desde Tarancon á Almaraz, al ejército de Andalucía, y detrás y sobre su derecha al ejército de Portugal entre el Tormes y el Duero. Nada tenia que temer en posicion semejante si, persistiendo en conservar siempre juntas estas fuerzas recién reunidas, se mostraba pronto á caer sobre los ingleses en masa á la primera aparicion de sus tropas. En enero de 1813 ascendian estos tres ejércitos á ochenta y seis mil hombres, comprendiendo el resto de lo mejor que Francia habia enviado á España. Libre de las resistencias del mariscal Soult, á quien Napoleón habia llevado consigo á Alemania, desembarazado tambien de las obstinaciones del general Caffarelli, se podia prometer una ejecucion mas puntual de las órdenes que expidiera. Por consecuencia de estas mudanzas, el general Clausel mandaba el ejército del Norte, el general Reille el de Portugal, el conde de Erlon el del centro, el general Gazan el de Andalucía. Sin el tremendo efecto producido por los acontecimientos de Rusia, la situacion de José no fuera mala. Pero estos sucesos habian ex-

citado los ánimos singularmente, y despertado en los españoles la esperanza de verse libres de nuestro dominio muy pronto.

Siempre gobernaban las cortes de Cádiz de un modo confuso, bien que con ardiente patriotismo, los asuntos de la insurrección española, y lord Wellington con mucho concierto y energía los de la insurrección portuguesa. Según hemos referido en otra parte, ya habían terminado su constitución las Cortes, y copiando exactamente la que se había dado en Francia en 1791, adoptaron una sola cámara y un rey provisto no más que con el veto suspensivo. Interin lograban que este rey se les restituyese, pretendían representar la soberanía toda, se arrogaron el título de magestad y otorgaron el de alteza á una regencia electiva, compuesta de cinco individuos, é investidos en ausencia de Fernando VII con el poder ejecutivo. Además de los franceses y de los escasos parciales de José tenían los cortes en su contra á todos los amigos del antiguo régimen que habían abolido, y se hallaban en perenne conflicto con la regencia, sospechosa á sus ojos por formarla altos personajes del clero y de la milicia. Esto explica cómo, después de abandonar los franceses á Sevilla y toda Andalucía, prefirieron las Cortes permanecer en el seno de Cádiz, más confiadas en el pueblo de esta ciudad que en otro alguno. A no ser por las desventuras de Rusia y por la derrota de Salamanca, menos contrariado José y más provisto de fondos pudiera sacar á fuerza de tiempo gran partido de las divisiones de los españoles.

Una cuestión las había acrecentado mucho por entonces, y era la del mando de las tropas. Los

triumfos de lord Wellington, y sobre todo, las cualidades acreditadas por el ejército portugués á sus órdenes, sugirieron á algunos miembros de las Cortes la idea de ofrecerle el mando en jefe de las tropas españolas. Al pronto el espíritu independiente y celoso de la nación opuso obstáculos á este proyecto, pero la esperanza de ver en breve al ejército español igualar y aun superar al ejército portugués, y en particular la victoria de Salamanca, hicieron enmudecer todas las repugnancias, y se nombró á lord Wellington generalísimo. Este ilustre personage puso á su aceptación dos condiciones, primera que impetraría el asentimiento de su gobierno, segunda que respecto de la organización y los movimientos del ejército español ejercería una autoridad absoluta. Habiendo naturalmente consentido el gabinete británico en que admitiera la autoridad que se le ofrecía, se trasladó á Cádiz durante el invierno para entenderse con la regencia sobre todas las cuestiones que suscitaba el futuro mando. Recibido con grandes honores, si bien atacado al tiempo mismo por los periódicos, órganos de los celos nacionales, sintió más de una vez haberse expuesto á semejantes tratamientos, y aun rehusara el generalato, á no temer que su negativa causara á la insurrección un golpe funesto. Sin embargo, concediósele casi toda la autoridad que deseaba, pero temía no sacar gran partido de los españoles por falta de dinero y de buenos oficiales. Se le prometían fondos, sin medio de suministrarlos, y en cuanto á oficiales vanamente quisiera suplir los que faltaban con oficiales ingleses. Nunca el ejército español, á pesar del ejemplo del portugués, aguantara que se le diesen oficiales extran-

geros para guiarle. Por lo demás, partió mas aplaudido que atacado, y resolvió dedicarse casi exclusivamente al ejército español de Galicia, que debía servir á sus ordenes inmediatas.

Vuelto á la Fresneda en la frontera del Norte de Portugal, empleó todo el invierno en preparar la próxima campaña. Su proyecto consistia en tener alrededor de cuarenta y cinco mil ingleses superiormente organizados, veinte y cinco mil portugueses y cerca de treinta mil españoles instruidos y equipados lo menos mal posible, y avanzar de este modo hácia el Norte de la Peninsula con unos cien mil hombres, á fin de cortar junto á la raíz del árbol el poderío de los franceses en España. Con todo, despues que la concentracion en Madrid de los ejércitos de Audalucía, de Portugal y del centro, reunió allí una fuerza de ochenta á noventa mil franceses, iguales por lo menos á los ingleses y muy superiores á los portugueses y á los españoles, le parecia su empresa muy aventurada, no queria acometerla sino con circunspeccion suma, y á condicion de que los insurgentes de Cataluña y de Murcia, sostenidos por el ejército anglo-siciliano, harian en su favor una fuerte diversion sobre Valencia, y de que las escuadras inglesas, apoyadoras de las bandas de Asturias y de los Pirineos, dieran de continuo qué hacer á nuestro ejército del Norte. Consultado sobre el proyecto de una invasion al Mediodía de Francia, mientras se combatia con Napoleon en Sajonia, respondió que el primer cuidado de los ingleses debía consistir en forzar á los franceses á que repasaran los Pirineos, y en no entrar en Francia sino detrás de los enemigos; pero distaba mucho de prometer este resultado á la

vista de ochenta y seis mil hombres reunidos á las ordenes de José en torno de la capital española.

Estas ideas del general en gefe británico, fáciles de adivinar aun sin el auxilio de ningun informe, indican de sobra cuál debía ser el plan de los franceses para que fuera esta campaña mas feliz que las anteriores, consistiendo ante todo en permanecer juntos, y despues en elegir bien la posicion donde hubieran de establecerse. Por desgracia la eleccion de sus posiciones delante y detrás de Madrid estaba hartomal entendida. Con efecto, cuando hubiera que replegarse para hacer cara á los anglo-portugueses en Castilla la Vieja, entre Salamanca y Valladolid, era de temer que no se llegara á tiempo, y sobre todo que fuera necesario, para custodiar á Madrid, privarse de fuerzas que se echaran muy de menos en un dia de batalla. Mejor fuera evacuar á Madrid por consiguiente, trasladarse á Valladolid, no conservar allí en punto de material sino lo mas indispensable, enviar enfermos, heridos, víveres y municiones á Vitoria, y estar concentrados de este modo y aliviados al par de todo peso inútil en la nueva capital que se hubiese adoptado. Tal era el dictámen del mariscal Jourdan; pero, aun cuando de gran cordura, sus consejos eran dados sin energía, y se necesitara mucha para vencer la repugnancia de José á evacuar la capital española. Desde que vió huir á Wellington delante de sus tropas, y pudo volver á entrar en Madrid victorioso, ya se creyó otra vez rey de España, y aun no abrigara duda sobre su establecimiento definitivo en este pais á no ser por los sucesos de Rusia. Proponerle que evacuara á Madrid

en tal coyuntura, equivalia á decirle que se transformara otra vez en monarca errante, y restituyera á los españoles todas las esperanzas perdidas, y arrastrara de nuevo por los caminos á una muchedumbre de infelices adheridos á su suerte, y se privara de lo mas saneado de sus rentas, consistente en los derechos de puertas de Madrid y en el producto de dos ó tres provincias comarcanas. Con todo, José tenia tan claro talento que no rechazó absolutamente la idea de abandonar á Madrid, cuando el mariscal Jourdan le habló de ella, y que, si insistiera mas éste, se pudiera evacuar á Madrid por enero, emplear los meses de febrero y marzo en reprimir á las bandas del Norte, y volver por abril para estar juntos contra el duque de Wellington en mayo, tomando un mes entero para dar descanso á las tropas y prepararlas á la campaña decisiva de 1813. Estas ideas, perfectamente concebidas por el mariscal Jourdan, quedaron de consiguiente en proyecto hasta que de Paris se recibieron despachos de Napoleon, que contenian instrucciones muy puntuales relativamente á esta campaña.

Ya hemos expuesto las ideas de Napoleon respecto de España para la campaña de 1813. Desazonado de una empresa, que habia dividido deplorablemente sus fuerzas, de buena gana renunciara á ella de ser posible, pero habiendo atraído á la Península á los ingleses, ya no estaba en su arbitrio desembarazarse de ellos. Por ejemplo, abriendo las puertas de Valenzay á Fernando VII, tendria á los ingleses en Tolosa ó Burdeos, en lugar de tenerlos en Burgos ó en Valladolid. De consiguiente habia que seguir peleando á este lado de los Pirineos, pa-

ra no verse obligado á pelear al otro. Pero, segun se ha visto, redujo lo mas posible Napoleon esta tarea para 1813, pues, lejos de enviar socorros á España, de ella, sacó los cuadros y muchos hombres escogidos, manteniéndose no obstante en proporcion de conservar á Castilla la Vieja, las provincias Vascongadas, Aragon y Cataluña. Su proyecto secreto consistia en tratar con Inglaterra, restituyendo la España á Fernando VIII con excepcion de las provincias del Ebro, é indemnizándole con Portugal, que podia muy bien abandonar la casa de Braganza despues de hallar en el Brasil tan excelente asilo. Esto explica la causa de haber consentido Napoleon en admitir por vez primera en un congreso á los representantes de la insurreccion española.

A tenor de estas ideas habia trazado Napoleon sus instrucciones, aunque de un modo harto general siempre, absorbido como se hallaba por los preparativos de la guerra de Sajonia. Despechado de que un correo gastara á veces en ir de Paris á Madrid treinta ó cuarenta dias, con el empeño especial de someter las provincias del Ebro, que tenia proyecto de agregar á Francia, prescribió restablecer las comunicaciones á toda costa, repitiendo con su fogosidad ordinaria, cuando le ocupaba un pensamiento, que era escandaloso y desdorante que á las puertas de Francia se estuviera mas en peligro que en el seno de Castilla ó la Mancha, y que no se pudiera ir de Bayona á Burgos sin ser desvalijado ó pasado á cuchillo. De consiguiente dispuso que se empleara el invierno en reducir á Mina, á Longa, á Porlier y á todos los caudillos de las bandas que infestaban á Navarra, Guipúzcoa, Alava y Viz-

caya. Para lograrlo mas de seguro, quiso que se evacuara á Madrid, no interesándole ya desde que pensaba restituir á Fernando VII la corona; que el rey José trasladara á Valladolid su córte: que llevara por tanto la masa de las tropas francesas á Castilla la Vieja; que aproximara el ejército de Portugal á Burgos; y que prestase gran parte de sus soldados al general Clausel para destruir las bandas; que trasladase el ejército de Andalucía de Talavera á Salamanca, el del centro de Madrid á Segovia, dejando á lo sumo en esta capital un destacamento, á fin de que no apareciera definitivamente abandonada. Por última disposicion previno que se diera al ejército de Andalucía una actitud ofensiva, para persuadir á los ingleses de que acerca de Portugal se conservaban todavía proyectos. De este modo, trasladando de Madrid á Valladolid la residencia del gobierno y no teniendo mas que un ejército en lugar de tres, esperaba Napoleon avasallar con la cola de este ejército á las bandas españolas que destrozaban el Norte y amenazar á Portugal con la cabeza, de forma de fijar allí á los ingleses y de desviarles de todo designio contra el Mediodía de Francia. Desgraciadamente en este plan habia muchas ilusiones. Ante todo era muy poco probable que peasaríamos seriamente en Lisboa, cuando estábamos obligados á evacuar á Madrid, y lord Wellington habia acreditado harto buen seso para que fuera posible lisonjearse de inducirle á tales errores. Además no era necesario inspirarle zozobras respecto de Portugal para reterle en la Península: bastaba con batirle en Castilla, ora en Salamanca, ó en Valladolid, ó en Burgos, ó en cualquiera parte, para clavarle de nuevo

detrás de las líneas de Torres-Vedras. Pero este grande objeto se comprometia evidentemente, prestando al general Clausel el ejército de Portugal con la esperanza de someter las bandas del Norte de España. Estas eran para muy largo tiempo indomables, y fundadamente las representaba José como una Vendée, sobre la cual influirian mas que los medios físicos los morales. De consiguiente se resentia de muy dudoso que con veinte mil hombres mas se pusiera al general Clausel en aptitud de vencer á las bandas del Norte, y se presentaba muy seguro que veinte mil hombres menos colocarian á José en la imposibilidad de ganar una batalla sobre los ingleses. Pero, del todo ocupado en rehacer el poderío militar de Francia, trabajando para ello dia y noche, continuando en no leer la correspondencia de España, mandando desde muy lejos y sin una atención bastante sostenida, creyó Napoleon que un destacamento de veinte mil hombres concedido al general Clausel le permitiria acabar con los guerrilleros durante el invierno, y que, llegada la primavera, se podrian trasladar á tiempo y todos juntos al encuentro de los ingleses.

Trasmitidas las instrucciones de Napoleon por el ministro de la Guerra desde el mes de enero y reiteradas al siguiente, no llegaron por primera vez hasta mediados de febrero, ni por segunda hasta principios de marzo, es decir alrededor de treinta dias despues de su partida. Ya esto era empezar con una pérdida de tiempo muy infausta, nacida de las circunstancias mismas que afectaban á Napoleon tan vivamente, esto es, de la ocupacion de todos los caminos por las guerrillas. Segun acaba de ser expuesto, mucho costaba á José aban-